

MATANZA EN MADRID

El espejismo del IRA

ROGELIO ALONSO

A comienzos de la década de los setenta, el grupo terrorista IRA inició una indiscriminada campaña de atentados en Londres e Irlanda del Norte. La persona al frente de una de las células terroristas responsable de dichas acciones explicaba al autor de este artículo la motivación de su organización: "La lógica era crear terror, puro terror, no sólo bombas u objetivos económicos". Otro de los terroristas corroboraba esa intencionalidad e incluso defendía medidas como las siguientes: "¡Vayamos a Inglaterra y coloquemos bombas en campos de fútbol! ¡Que nos escuchen en Inglaterra!". Uno de sus compañeros llegó a proponer la utilización de lanzallamas con el deliberado deseo de provocar impactantes imágenes cuando los medios de comunicación reflejaran el estado de las víctimas.

Esa racionalización se basaba en la creencia de que de ese modo se provocaría una respuesta estatal desproporcionada que contribuiría a reforzar al grupo terrorista. Pero también se perseguía otro efecto, presentar al grupo terrorista como un actor cruel, poderoso y carente de inhibiciones a la hora de utilizar el terror. Creían los terroristas que de ese modo la negociación con ellos quedaría garantizada.

La lógica de ETA puede asemejarse a la del IRA, organización en la que los terroristas vascos han buscado referentes constantemente. Así lo demuestran los insistentes intentos de perpetrar atentados denominados como "espectaculares" en la terminología de dichas organizaciones. Durante los años noventa, el IRA decidió incrementar sus atentados en la capital británica con enormes explosiones inspirando al terrorismo etarra, que ya buscó atentar en Torre Picasso en 1999 y que vio frustrado hace dos semanas otro intento de atentar en la capital con una potente bomba. Es importante tener presente estos datos para anali-



Dos empleados ojean ediciones especiales de los periódicos en un quiosco de las Ramblas de Barcelona ayer por la tarde. / EFE

zar la masacre cometida por ETA.

Cierto es que la repulsa y el rechazo social ante tamaña brutalidad va a ser unánime en los próximos días. Las imágenes de los heridos ensangrentados que nos muestran y mostrarán los medios de comunicación, los terribles testimonios de los testigos con el horror y el miedo en sus rostros, las manifestaciones ciudadanas y otros elementos contribuirán a reforzar el rechazo a la organización terrorista capaz de llevar a cabo semejante atrocidad. Pero a medida que el terror transmitido en esa inmediatez vaya tomando distancia, cuando poco a poco los ciudadanos que no se han visto directamente afectados por tan sanguinaria violencia recuperen su normalidad cotidiana, otros efectos del terrorismo perpetrado en Madrid

perdurarán. En esos momentos se determinará en gran medida el éxito o el fracaso de ETA.

Existe el peligro de que el terrorista interprete que el infierno causado hoy era necesario y eficaz. Así lo entenderán los miembros

El diálogo con el IRA no precedió a su derrota, sino que fue consecuencia de la misma

de la organización si empiezan a escucharse los siguientes argumentos: sólo se pondrá fin a esta barbarie si se negocia con ETA, pues es imposible evitar que un individuo cometa un atentado como el

reciente cuando lo desee a pesar de que las fuerzas de seguridad impidan muchos otros. El terrorista persigue este tipo de análisis a través del chantaje emocional que le proporcionan esas víctimas destrozadas por la explosión, esos niños indefensos con la piel en carne viva, esa mujer con la voz temblorosa que gime ante la cámara con la mirada perdida ante el horror que acaba de presenciar. Es por ello por lo que la respuesta al crimen de ETA exige descartar ese planteamiento que identifica la negociación o el diálogo con la organización terrorista como la única salida. Si se aceptara ese camino no se estaría acercando la paz sino todo lo contrario, pues se estaría transmitiendo al terrorista que su violencia es eficaz y que un incremento de la letalidad le reporta

concesiones. En las próximas semanas habrá quien defienda que ahora que ETA está débil, esta carnicería le permite presentarse ante su propios activistas con una fortaleza de la que realmente carece y que por ello hay que aprovechar esta situación para buscar el final dialogado con ella. Este escenario es el que ansía el terrorista mediante el condicionante de la tragedia humana que han causado. Probablemente, incluso se escucharán voces que señalen que el final de la violencia en Irlanda del Norte llegó cuando se asumió la necesidad de dialogar con el IRA y ante el convencimiento de que no se podía acabar con este grupo policial y militarmente.

Sin embargo, el referente norirlandés nos muestra que la derrota de la organización sí es posible, que el diálogo no precedió a dicha derrota, sino que fue la consecuencia de la misma y sólo surgió cuando se anunció la voluntad de poner término al terrorismo. Como confesaba una antigua activista arrestada tras colocar en 1972 un coche bomba en Londres, "una vez el IRA aceptó un determinado camino, o sea, el alto el fuego, la gente estaba dispuesta a echarles una mano". Otro antiguo preso respaldaba esta opinión: "Militarmente, los republicanos han sido derrotados. Lo que pasa es que el trato que hicieron fue que la escapatoria que les dejarían sería una situación en la que se hablaba de resolución del conflicto, ese tipo de lenguaje que se empezó a utilizar cuyo propósito era un enorme ejercicio de relaciones públicas". Todo esto, no se olvide, sucedió cuando la organización admitió su derrota tras negársele concesiones o beneficios por su violencia.

Rogelio Alonso es profesor de Ciencia Política en la Universidad Rey Juan Carlos y coordinador de la Unidad de Análisis y Documentación sobre Terrorismo.

Nunca los terroristas de ETA habían realizado un atentado indiscriminado contra civiles como el del 11 de marzo. Siempre se habían protegido con algún tipo de excusa que, ante su gente y ante sí mismos, les permitiera desviar la responsabilidad hacia otro sitio. Incluso en el atentado de Hipercor en junio de 1987, la existencia de un aviso previo les sirvió para no asumir la culpa de aquellas 21 muertes. Lo del 11 de marzo ha sido distinto a todo lo anterior. Es cierto que en el atentado de la Cafetería Rolando de la calle Correo de Madrid, en septiembre de 1974, hubo una matanza indiscriminada en la que murieron trece personas. Aquella bomba iba destinada a la policía, cuyas dependencias estaban pegadas a esa cafetería. Pero de los trece muertos, sólo uno era miembro de las Fuerzas de Seguridad. El resto eran civiles. Y, en cualquier caso, dada la magnitud de aquella tragedia, ETA nunca se atrevió a asumir su responsabilidad en ese atentado. Hasta el día de hoy no ha reconocido que fue la autora de aquella tragedia.

Esta es la primera vez en que se produce un atentado indiscri-

minado, dirigido contra civiles, y sin aviso previo. Todo el discurso que ha venido manteniendo ETA durante más de 30 años, según el cual ETA no mata a inocentes, o si los mata es como consecuencia de accidentes o de errores, se ha venido abajo. ETA ha matado siempre con motivos, motivos que evidentemente sólo eran aceptables para los suyos, pero con motivos al fin y al cabo. Policías, guardias civiles y militares por un lado, por ser responsables de la "ocupación" española del País Vasco; civiles acusados de confidentes, narcotraficantes, o ultraderechistas; funcionarios de prisiones, por la dispersión de presos; políticos, por el encajamiento del "conflicto"; empresarios, por no pagar el impuesto revolucionario. Como consecuencia de estos atentados intencionados, han muerto multitud de civiles que no entraban en los planes de ETA, pero, insisto, los terroristas siempre tenían una "explica-

IGNACIO SÁNCHEZ-CUENCA

ción" o una "salida" que les salvara la cara ante su público.

Todavía el 22 de febrero de este año, en la entrevista con ETA publicada en *Gara*, los terroristas, preguntados si matan a gente que no piensan como ellos, respondían en estos términos: "ETA no actúa nunca contra na-

ETA está muerta. No podrá sobrevivir a la barbarie de esta masacre

die porque tenga 'ideas distintas'. Realizamos acciones armadas contra los responsables políticos españoles". El atentado del 11 de marzo supone una ruptura completa con esta línea de argumentación. ETA ha terminado de superar la última barrera o restricción moral o política que

podiera tener en la selección de víctimas, asimilándose definitivamente a las organizaciones más sangrientas que conocemos, como Hamás en Palestina o Al-Qaeda.

¿Qué conclusiones podemos sacar de este atentado? Claramente, parece que se trata de un atentado terminal, desesperado, consecuencia tal vez de que el sector más militarista e intransigente dentro de la organización haya decidido una acción espectacular dados los golpes policiales que ha sufrido en los últimos meses y dado el fracaso de las vías más políticas, como la frustrada propuesta de Bergara de constituir listas conjuntas para las elecciones generales entre nacionalistas democráticos y personas de la antigua Batasuna.

Como el atentado de Omagh el 15 de agosto de 1998 de una rama del IRA conocida como IRA real, que asesinó a 29 personas (sin incluir los dos futuros

hijos de dos mujeres embarazadas muertas), sólo cabe esperar que esta insólita masacre sea la señal del fin definitivo de ETA. ETA ha completado su ciclo histórico. El primer asesinato intencionado de ETA fue el de Melitón Manzanos el 2 de agosto de 1968. Este policía fue un conocido torturador. Una de sus víctimas, José Luis López de la Calle, fue tiroteado por los etarras el 7 de mayo de 2000. Pero la primera víctima en la historia de ETA fue Begoña Urrosi, una niña de 18 meses que murió en 1960 como consecuencia de una bomba, también en una estación de tren, en la estación de Amara de San Sebastián. Probablemente ETA haya acabado su trayectoria con otra bomba en otra estación este 11 de marzo. La muerte de Begoña Urrosi, nunca reconocida por ETA, fue sacada del olvido por Ernest Lluch, asesinado por ETA el 21 de noviembre de 2000. El ciclo se ha cerrado. ETA está muerta. No podrá sobrevivir a la barbarie de esta masacre.

Ignacio Sánchez-Cuenca es profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.